Bibliográficas

Cultura popular y grabado en Japón: siglos XVII a XIX, de Amaury García Rodríguez

García Rodríguez, Amaury A. (2005), *Cultura popular y grabado en Japón: siglos XVII a XIX*. México: El Colegio de México, 145 páginas.

La obra editada que aquí se comenta fue en principio la tesis del autor, presentada en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Esto nos pone ante el caso muy poco frecuente de un hispanoblante –en este caso cubano– que investiga sobre arte visual japonés. Amaury García es docente investigador en el CEAA de El Colegio de México.

Aunque no es raro ver por allí olas de Hokusai en cualquier ilustración, sin motivo aparente, la imagen del arte japonés más difundida en el mundo hispano es todavía la de los budas y las pinturas de biombos y fusumas. En cierta forma –se puede decir–, lo ligado a la arquitectura, aristocrático y religioso. El grabado popular de los siglos XVII a XIX es, por el contrario, el mundo de la calle, tema de muchísimas obras y vía, a su vez, por donde éstos circulaban, ya que para eso se hacían. Aun cuando las escenas que muestran correspondan a interiores, se trata de lugares donde se va en una *salida* –de la casa o del lugar de trabajo. Además de la calle como tema y como arteria de circulación, el grabado vive principalmente de los lugares de placer, teatro y prostíbulos. Es necesario aclarar que se trata de prostíbulos diferentes a los de las imágenes que difundieron los europeos a fines del siglo XIX, junto con la *geisha* emblemática de las fantasías Occidentales. En el título del libro aparecen los siglos de la época que interesa a García: la de Edo, última edad feudal de Japón. Edo, hoy Tokio, era el asiento del poder central y desde aproximadamente el siglo XVIII la principal ciudad del país, con una población estimada de un millón de habitantes. Habiendo una clara división geográfica de clases, nobles guerreros, artesanos y comerciantes vivían separados pero convivían en los barrios de las clases y la cultura *chonin* que García describe y explica con pertinencia y claridad ejemplares.

Un investigador puede establecer

una relación de conocimiento entre dos fenómenos sociales cualesquiera y tratar de ver y entender esa relación que él establece como hipótesis, pero en el caso del grabado de los siglos XVII a XIX la relación que tenga con la cultura popular es previa a una hipótesis de investigador, ya que el grabado era una parte de esa cultura popular. García se ocupa de establecer todas las vinculaciones posibles. Edo era una gran ciudad, y si bien vivían allí decenas de miles de guerreros de distinto rango, no eran las grandes mansiones nobles las que hacían la *ciudad*: éstas eran sólo el lugar de consumo de lo que se producía en el sector de *chonin*, lo realmente urbano en un sentido casi moderno. Era hacia allí, a esa parte de la ciudad de Edo, donde los nobles guerreros hacían sus escapadas.

Esos barrios eran el *otro mundo* de la zona de las mansiones. Así como los estratos artesano y comerciante estaban formalmente escindidos de las clases ideológicamente principales del sistema, nobles y campesinos, pero con una existencia necesaria porque eran la otra parte de la sociedad, la que *cerraba* (hacía posible) el sistema, el activo mundo chonin, poderoso económicamente pero absolutamente separado del poder político, tenía su propio *otro*, el mundo del placer. Pero estas distinciones sólo tienen valor heurístico inicial. Los barrios específicos del placer estaban separados de la actividad comercial, en una comunicación más directa con los *chonin* que la comunicación que había formalmente entre el mundo de la nobleza y el de comerciantes y artesanos. Pero era sobre todo allí, en ese mundo doblemente *otro*, donde convivían nobles y *chonin*. Esa convivencia es uno más de los aspectos mostrados por el autor. La primera parte de la obra de García es una buena sociología urbana de la época Edo que no deja, sin embargo, de marcar los cambios que se dieron a lo largo de los dos siglos y medio. Indispensable para comprender el resto del libro pero con valor propio dentro de la obra, la primera parte del libro es un gran esfuerzo de síntesis, que puede ser leída por quien sólo se interese en la historia.

Fiesta, inversión del mundo, carnaval, exceso de comida y bebida, orgía, son fenómenos de ruptura con la actividad cotidiana que se registran en distintas sociedades y épocas, con distintos grados y formas de relación con el mundo oficial. Sin embargo, hacer absoluta la distinción entre el trabajo y el placer en pares de opuestos, lleva a planteos fáciles de antropología fenomenológica que, aunque atractivos para quien busca explicaciones *pret à porter*, no dicen nada de la formación social que se trata.

En la sociedad de Edo los estamentos estaban separados, al punto de ser casi imposible el pasaje de uno a otro. Por supuesto, en semejante estructura social la cultura del trabajo era muy fuerte. La separación de los *chonin* respecto de las decisiones de poder era prácticamente absoluta, y a juicio de muchos eso tiene que ver con la cultura del *ukiyo* de darse a los placeres. Otro de los puntos que García muestra es el

del lugar de los placeres en la cultura urbana de Edo; la importancia que los aspectos placenteros tenían y lo que, en realidad, a pesar de todas las distinciones jurídicas, rituales o simbólicas, era un *continuum* entre lo prohibido, lo simplemente aceptado, lo tolerado y lo permitido, pero un *continuum* también entre tipos de actividades placenteras. Era así más allá de las distinciones oficiales de la época, o de las de modelos formales que puedan establecerse hoy.

La segunda parte del libro está dedicada a la noción de *ukiyo*, ya que los grabados de la época reciben en general el nombre de *ukiyo-e*. Esto como introducción al tema de las técnicas de realización de los grabados. Hubiéramos querido un poco más extensa esta parte de la obra, probablemente con la historia de la realización de algunos grabados. Sean cuales fueren los deseos de lector, lo interesante de esta parte es que aun el tratamiento de lo técnico está lleno de señalamientos sobre sus implicaciones socioculturales. Como sea, la explicación técnica del grabado es muy concreta y, aunque concisa, es completa respecto del ciclo de realización de una xilografía.

La tercera parte está dedicada al artista y a la función social de la estampa grabada; lo que la estampa mostraba, y cómo lo mostraba. Como una más de las funciones de la estampa y de lo que muestra, García aborda lo erótico; aspecto que enfatizó en su conferencia en Córdoba, a mediados de 2007. La cuestión no es menor. Más allá de ser un aspecto que tiene que ver con una de las funciones y con un tema, es imposible no hacer referencia a que durante muchas décadas en Japón estuvo prohibido mostrar aquellas estampas eróticas y estuvo, por supuesto, prohibida la venta de los grabados ukiyo-e eróticos, los *shunga*, y de libros con ilustraciones de *shunga*. Hace algunos años, los libros con ilustraciones de *shunga* comenzaron a ser tolerados –aunque eran muy pocas las librerías que los tenían–, hasta que fueron finalmente aceptados. Por otra parte, tampoco se puede olvidar el hecho de que durante décadas ha estado prohibida, en Japón, la exhibición de vello púbico en cualquier tipo de imagen gráfica y cinematográfica, no obstante estar muy desarrolladas, con libre circulación, las pornografías *soft* y *pink*.

El período de Edo es uno de los más estudiados de la historia japonesa hecha por japoneses, y por supuesto su conocimiento es indispensable al tratar de comprender la llamada modernización de Japón. La contribución a su conocimiento realizada en español con la solidez de manejo del asunto que tiene García hace que esperemos más en el futuro, sea sobre el mismo período de la historia o sobre la relación entre arte y sociedad en Japón.

El libro tiene un glosario de términos históricos y de arte relacionados con el tema desarrollado –en japonés romanizado en caracteres chinos–, lo que facilita entender el uso de los términos que aparecen en la exposición. Tiene también una gran cantidad de ilustraciones de grabados en blanco y negro correspondientes a los temas de

cada una de las partes de libro, y una pequeña pero representativa selección de grabados en color a página entera, en la mitad de la obra. El cuidado de edición, que en este caso hace no sólo a la inclusión de ilustraciones, al papel –entre otras cosas–, sino también a la impresión de toda la terminología japonesa y nombres japoneses correspondientes en letra romana y en japonés, es un aspecto a destacar, si bien no es nuevo en las publicaciones del CEAA de El Colegio de México. Digno de señalar también es que la obra tiene índice onomástico, algo poco usual en los libros editados en español y que sólo podemos ver en algunos de los traducidos en otros idiomas. Es decir, en más de un aspecto se trata de una obra de características poco usuales en español.

Rodolfo Molina